Últimas plegarias

Juan Setién del Valle

Últimas plegarias

Juan Setién del Valle

avant
editorial

Primera edición, marzo de 2025
© Juan Setién del Valle, 2025

Maquetación y diseño:
Avant editorial
Avenida de Londres, 6, Portal 1, Ático A, 28500 Arganda (Madrid)
www.avanteditorial.com
info@avanteditorial.com

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra (www.conlicencia.com)

ISBN: 979-13-87532-67-3
THEMA: DCF - DCC - DC
DEPÓSITO LEGAL: M-6102-2025

A Ioana Nina Banu, mi inspiración y las hélices de mis versos, por darle entrañas a mis pensamientos vacíos.

A Leonardo Setien, herencia de mi carne, luz de mi alma.

A Juan Ramón Setien, divino faro que me arroja su luz desde el cielo

Sólo somos carne.

Nada más que carne.
A esto nos reducimos, a destierro y
a hambre, a una carne que ladra sus
insatisfacciones sempiternas,
una enumeración de frustraciones
inagotables, un fluir incesante de apetitos
irresueltos
para los que no existe un veneno último.
Sólo carne, un pozo usurpado por la
erosiva hemorragia del desierto que riega
de ausencias lo que toca,
sólo se rescatan dunas insaciables, sólo

sepultan, sólo olvida, borran las huellas
haciendo impotente
el camino de regreso a los recuerdos
insuficientes. Sólo carne.
Nada más que carne. Un cuerpo
impenetrable que es sólo armadura,
espigón sólo
que adentra un puerto desahuciado. Un
malecón frente a un mar que ha dragado
todas sus lágrimas con la sórdida red de
la sed. Ya no hay más mapas. Todos los
delitos al aire. Las llagas de las estrellas
desgastan los cirios que cimbrean
y ya no le queda fuego en sus mástiles, su
mecha humeante
y la negra oscuridad que se atornilla
alrededor nuestro con su fanal de
sombras
envueltos en una prisión de lágrimas.
No hay salida. Todo lo soy yo. Lo

insoportable, la soledad. Yo soy lo que se escapa y me abandona.
Yo soy la herencia irrenunciable de mis suplicios.
Todas las distancias se nos revelan idénticas, desarrapadas de Dios. Hacia arriba el cielo vacío,
hacia dentro las entrañas huecas,
a los lados los brazos que siempre se alejan, las caricias de espina que siembran semillas
de lejanía en nuestra tierra inmadura,
la erosión de besos que duelen por sus traiciones.
Todo inmenso. Todo deshabitado,
la inhóspita fe que nos arruga las esperanzas.

Los dioses de credulidad adúltera. Ah
sólo eso,
sólo carne,
cáscaras que arrojar al fuego
para avivar sus infiernos. Sólo carne, esa
piel que muda el alma
en las estaciones aciagas de la vejez, la
debilidad insaciable.

Y ahora,

Después de tanto infierno a cuestas, de
tanta plantación de abortos,
de tantos logros insatisfechos, la hernia
de deseos que se frustran, la arena de
erizos seca de lágrimas descubre el cauce
que quedó sepultado tras los escombros
de las renuncias y las decepciones,
las huellas que se alargan hasta
ninguna parte, perdido el tiempo de las
conquistas.
La hemorragia del desierto avanza
imponiéndose por su existencia más
fuerte.
¿Qué resulta indemne? Todo bajo el
despótico gobierno de los incendios.

Uno a uno
te arrancas las selvas del alma. Nada
indemne. Toda fortaleza se pliega débil.
Sólo frágil.
Tú, tu discordia insoportable,
la irreconciliable renuncia a aceptar la
imposible reconciliación
entre tus deseos y lo que se te otorga.
Y ahora
solamente
el cansancio tras la derrota. La inevitable
arena abierta
para albergar en su fondo el cadáver de
tus deseos. Apenas te conservas ahora.
Sólo te queda rendirte.
Pero tu corazón castigado aún late. Y
renqueante abres otra puerta,
otro espacio,
se te anuncia un lugar distinto, pero el
mismo espectáculo. Las ancianas dicen

que es como si se doblara siempre la
misma página
de nuestra vida
y se resaltara la única palabra importante,
ese momento irrepetible al que rendirse
sin remedio
como un estorbo inexpugnable
o tal vez
solo
como si quisiéramos castigarnos, como si
nos resignásemos a apagar todas las luces
y fundirnos con la plácida noche del
silencio.
Y entonces algo que soy yo, pero no
asumo como yo,
los paisajes oscuros que no asoman al
reflejo del espejo
que se guarecen en la sombra de las
palabras, que crecen en el envés umbrío e
inhóspito,